

Foro de Nairobi. Día 1

24 horas de partir de mi hogar sevillano, llego al aeropuerto de Nairobi, donde una larga y lenta cola espera para organizar el visado. Aviso: si vas, debes saber que el visado se paga únicamente en dólares. No aceptan tampoco su moneda local, el chelín kenyata (aproximadamente, 80 hacen un euro). Al salir del aeropuerto un gran puesto del Foro espera para guiar a quienes vienen a Nairobi para el evento. La primera persona que me recibe me interroga para saber si lo tengo todo resuelto o necesito ayuda. "Sí, necesito ayuda, deseo ir al camping y no sé cómo".



Me guía hasta ponerme en contacto con otra persona, desde una imponente zona de recepción, que gestiona el alojamiento y el taxi. Es Lucy. Me informa del camping *Safari Park* a 5 minutos a pie del Centro de Trabajo, el *Moi International Stadium* en Kasarani. Son siete mil chelines para los cinco días, desayuno incluido (unos 90 euros), más mil cuatrocientos para los transportes en taxi, que cubrirán los trayectos Jomo Kenyatta Aeropuerto – Hururu Park – Safari Park – Moi International Stadium. En Hururu son las ceremonias de apertura y clausura. Las sesiones de trabajo tienen lugar en Moi.



En Hururu Park. Acto de apertura.

Lucy me pasa bajo la guía de Kendai y es ella quien llama al taxi y me acompaña en el trayecto. El taxi es una furgoneta. El hábito es llevar todos los pasajeros que se pueda. Nos acompaña también Miti, una periodista del Bangladesh que trabaja para Terraviva, de IPS (si no conocéis este medio, entrad en su web, muy aconsejable). Como todas las personas de las que tenía noticia en el avión y el aeropuerto, Miti también se hospeda en un hotel. Llegamos al camping. Kendai se encarga de todo, salvo de responder a las preguntas que van dirigidas a mí. Instalo la tienda con rapidez, pues me están esperando para llevarme a Hururu. No es problemático, la tienda es pequeña, sólo cabe una persona y sin altura para sentarse (ocupa poco tamaño y era lo que necesitaba para llevar solo una mochila en el viaje).

En Hururu comienzo a tomar conciencia de la envergadura del evento: hay cientos de personas ya, pero no dejan de llegar cientos más. Muchos puestos de Coca-Cola serpentean por el parque. No dependen del Foro, son espontáneos de la ciudad que esperan hacer negocio con los visitantes. Uno de los puestos venden Meca Cola y bebidas locales.



Bicicletas-taxi en Hururu Park.

Vestidos con todos los colores que existen, las personas se esparcen por la gran superficie del parque. Se va caldeando el ambiente y hay grupos saltando, bailando, cantando. Otros reparten octavillas y recogen firmas. Uno de los documentos denuncia los tratados de libre comercio que gobiernos africanos están cerrando o pretenden cerrar con Europa. Otro informa sobre el SIDA. Etc.

Se acerca Vidosi y su amigo. Nos presentamos. Son estudiantes de la Escuela de Medicina de Nairobi. Intercambiamos direcciones y hablamos de política, salud, inmigración y las características de los habitantes de nuestros países. Saben dónde está Europa (y, en ella, Gran Bretaña y Alemania), pero desconocen dónde está España. Tienen idealizado el continente de donde vengo. Pero les cuento cómo malviven buena parte de los inmigrantes en mi país.

La ceremonia de apertura es preciosa y un regalo de vida. Por donde miro hay gente de todos los colores, tamaños y formas, entre quienes me cuento. Es una borrachera de diversidad y calor humanos. El Sol pega que da gusto y me quemó el cuello, como un buen turista. Las

pancartas se elevan. Veo camellos, construcciones para la ocasión, sábanas de colores...



Debo dirigirme a Kasarani para registrarme. Pienso hacerlo andando y ver con ello la ciudad. Conforme me alejo de Hururu, el número de blancos va decreciendo rápidamente. En el centro comercial de la ciudad, hay ya pocos. En cuanto me adentro en los suburbios, desaparecen por completo. Entonces, en un mar de gente con piel oscura, tomo conciencia de lo rara, pálida y aburrida que es la mía. Me pregunto si es la sensación que tendrá la gente negra cuando llegan a un país de blancos. La respuesta debe ser afirmativa.



Los taxis-furgoneta abarrotan las calles anchas. Una persona conduce. Otra está en la puerta gritando el destino y el precio. Algunos llevan tablillas de madera



con el precio pintado. Fotografí a dos de ellos. El segundo sale del taxi hacia mí, chillándome como si fuera a pegarme, pero frena y vuelve al taxi. Interpreto que hacer fotos no debe ser cosa buena. Guardo la cámara.



Las calles estrechas, algunas sin asfaltar y desiguales, están llenas de pequeños comercios de colores. En uno compro una toalla. En otro, una mochila. Ambas están hechas en la zona, si bien las tiendas están abarrotadas del omnipresente "made in China". Tras patear durante un buen rato el lugar, tengo curiosidad por probar uno de

esos taxis. Pregunto si va a Kasarani y me grita "¡Kasarani! ¡Kasarani! ¡Come!" Entro en el taxi. Me enseña una tablilla con el número 45 pintado. Me siento en mitad del vehículo, pero otro de los voceros me dice que tengo que sentarme en la primera fila. Obedezco. El vocero chilla Kasarani, mientras golpea el cristal ágilmente con una moneda. La furgoneta se va llenando. Sólo queda un asiento libre, el que está junto a mí. Partimos.

El camino es muy entretenido. Los coches, las furgonetas y los caminos despiden humo negro por el tubo de escape y se nota en los pulmones. La calle y la carretera parece de dos carriles, sin pintar. Pero se hacen tres hileras de coches que, en ocasiones, se transforman en cuatro. Mi taxi vuela por



el arcén de tierra, por encima de aceras, sorteando peatones, cruzándose entre otros vehículos. Los automóviles privados van más despacio y con precaución. Pero los taxis corren como locos. El objetivo es tardar lo mínimo en el trayecto, para rentabilizar el viaje. La gente baja y sube con el taxi en movimiento. En un momento, no cabe nadie más y entra una mujer con su niña. La mujer ocupa el asiento junto a mí. Está todo tan estrecho que debo sacar el hombro por la ventanilla. Tomo una foto de los exteriores, aún en la ciudad. Entonces, dos pasajeros me gritan que no lo haga, que es peligroso. Mis impresiones, entonces, eran correctas. Definitivamente, guardo la cámara.

En Kasarani me pierdo, como es mi costumbre. No encuentro el camping. Va atardeciendo y recuerdo los consejos de Sanidad Exterior en Sevilla: "en las horas del atardecer y del amanecer,



cuidado con los mosquitos, llevan manga larga y protector en pomada". El protector está en el camping. Decido ir al centro Moi, registrarme y preguntar por el camping. Pero hay una organización relativa. El registro es un lugar donde nadie sabe orientarme. A cada uno que pregunto me dice una cosa diferente. Llevo dos horas dando vueltas.

Cuando finalmente lo encuentro, acaban de cerrar. Mañana, a las 8 abren. (Me decían o'clock, pero después descubrí que el clock es muy relativo).



En el camping llego de noche. Consigo acordar que el desayuno sea a las 7 en lugar de las 8 para llegar a la oficina de registro antes de que abran. Voy a la sala de Internet, muy cara (5 chelines cada minuto). Y me ducho. La ducha es una pequeña carpa descubierta de un metro cuadrado, con una ubre de cuero de la que cuelga una alcachofa. Hay que coger una manguera y llenar la ubre. Pero el grifo está defectuoso. Cuando me meto en la ducha descubro que no hay desagüe, que sólo es una lona transpirable sobre el suelo de tierra. El agua está fría, pero necesito la ducha. No hay donde poner nada, ni colgar nada, así que debo ir saliendo para coger y dejar las cosas desde el suelo del exterior de la estructura. El retrete es algo similar, en una carpa adyacente.

En todo el día no he podido cruzar una palabra en español con nadie. He terminado un tanto harto del inglés. Hay tres factores que lo explican. En orden de importancia: lo atragantado que tengo el idioma del imperio, al que apoyamos incluso los activistas del mundo; lo defectuoso de mis conocimientos en inglés; y el acento kenyata difícil de coger. Como resultado, las conversaciones no han sido fluidas. Por la noche leí el correo de Mbramba, esperantista de Tanzania que conectó conmigo por la red esperantista sin fronteras de izquierdas (SAT) y que espera que nos encontremos en Nairobi. Pero mi esperanto no es mejor que mi inglés, aunque lo aprendo muy a gusto.

Fin de la jornada. Mañana será otro día.